

Conversación en un bar

Eduardo



Capítulo 1

—Te he saludado desde la puerta, al entrar —le dijo al acercarse—, imagino que no me has visto.

—Sí te he visto —dijo severa. Era la contestación de una mujer que no quería nada. Sin embargo él lo quería todo.

—También he imaginado eso —insistió—. Y ¿qué haces aquí?

—¿Y yo no te he preguntado lo mismo...? —ironizó ella, apartando la vista de su copa para fijarla en él. Aparentaba serenidad y sobriedad.

—Sí, pero... —concluyó él que ella no sabía de qué le hablaba— No te creía una pequeña mentirosa —cambió el punto de vista, aunque resultó un tanto infantil; ella no supo cómo tomarse aquello—. Además, hace un momento me has dicho la verdad; lo normal, en este caso, hubiera sido mentirme educadamente: ¡Pues anda; no te he visto!, pero... mentirle a la gente —hizo una minúscula pausa—... mentirle a mi padre...

Hubiera habido un silencio, el vuelo de un ángel, si "Desolation Road", de Bob Dylan, no durase once minutos y veintiún segundos. Ella cayó entonces en la cuenta de lo que hablaba. En el banco, donde ella trabajaba hasta esa mañana, el padre de él comentó que ella se marchaba a su pueblo aquella misma tarde. Pero no era cierto; él, sin embargo, no lo sabía.

—Tampoco le he mentido a tu padre —dijo misteriosa—. Además, aunque fuera así, no es mi padre, puedo mentirle perfectamente. Puedo mentirle a quien desee.

—Claro, el empoderamiento de la mujer —disparó en la dirección contraria.

—Ese saco ya está demasiado lleno, y pronto va a reventar. No. Se lo dije a tu padre, me voy mañana —explicó—, pero lo entendería mal; creyó que era hoy.

—Vaya. Entonces, puesto que no eres una mentirosa, y ya que te veo con ganas de matar el tiempo, ¿puedo invitarte a una copa? No molestaré.

—Estoy servida, gracias.

—¿En qué sentido?

—Puedes pedirte una y sentarte en el banco de al lado, si eso te hace feliz. No puedes ser más aburrido que lo que estaba pensando, desde

luego.

—No te creas. Puedo llegar a ser muy aburrido si me lo propongo. Pero para ti hoy seré todo fiestas.

—Qué entusiasta, ¿no serás uno de esos que no paran de hablar?, ¿no? Que si se callan explotan; que bajo el agua respiran.

—Mira, Carmen..., ¿era Carmen? —ella afirmó con la mirada, él no olvidaba un nombre— Respirar bajo el agua es uno de mis muchos defectos, ¿cierto? Pero estás de suerte. Hoy para ti puedo ser cualquier cosa. Incluso una oscura y silenciosa sombra, si eso es lo que deseas.

—Delante de papá no eras el inocente y cándido chico que aparentabas —dijo inmutable, obviando todo aquel ingenio de parafernalia que parecía fluir sin esfuerzo de los labios de él.

—Sí que lo soy, la mayor parte del tiempo; pero una vez al mes, con la luna llena...

Logró sacarle una pequeña e imperceptible sonrisa, la cual ella supo reprimir, experta en situaciones similares, pero él la cazó, maestro del cortejo.

—No hay luna llena —dijo ella para poder tornar a su seriedad inicial; para tratar de disuadirle distrayéndole.

—Sí que la hay —dijo pagándole al camarero la copa, quien extendió su mano para estrecharla con la de él, entregándole el billete en el mismo acto. Éste había oído de pasada la conversación entre ambos.

—Si le molesta este tipejo, no tiene más que decirlo —dijo el camarero—. Hoy debe usted andarse con pies de plomo. Es noche de luna llena. Los colmillos y las orejas se le estiran, pero la nariz no cambia en absoluto, es así en natural.

Ella sonrió con el lado derecho, por el lado opuesto a él. Se preguntó si todas las noches jugaba aquel tipo a las películas de ligues en bares, y si estaba compinchado con el camarero. Pensó en todo lo que se le venía encima, en sus problemas económicos, y bebió un duro trago de Jack Daniels; había venido para olvidar, ¿no?

—No es luna llena —repitió ella. Y ahora sí sonrió, de manera casi artificial, pero más relajada, dejándose llevar.

—Créeme —dijo él haciendo perder el licor entre sus labios—. Yo me fijo en esas cosas.